

## La pérdida de lo propio

*Nicolás Casullo*

**Resumen:** El actual tiempo tardomoderno de la globalización bajo égida del mercado plantea nuevas y traumáticas formas de exilio a partir de ruinas de identidades nacionales, de millonarias fugas y entradas transfronterizas legales o clandestinas, de levantamientos de muros que cierren el paso a los viajeros de una posmodernidad económica y cultural que divide el mundo en tierras de trabajos y tierras de miserabilidad y muerte. La modernidad contuvo un signo exiliar profundo a partir de desarraigos políticos, sociales, espirituales, de descentramientos de tiempos, espacios y comarcas natales que se fueron perdiendo. J.J. Rousseau nos planteó este desarraigo moderno en el siglo XVIII en la novela *Julia y la Nueva Heloisa*. Pero si se retrocede a los orígenes de Occidente, el mundo del Egeo tuvo al exilio por gravísima pena y al desterrado por un muerto en vida. La protagonista Medea, en la obra del trágico griego Eurípides, expone un exilio atroz en una obra que merodea distintas formas de destierros. Aunque, regresando a la modernidad, es este tiempo el que literaria, poética y filosóficamente planteará infinitas formas de pérdida de la pertenencia, de las inscripciones personales, de los hogares del alma, dolores que pueden significar violencias geográficas o no geográficas. La subjetividad moderna se sintió exiliada del lenguaje, de las señas personales, de las palabras que nombraban al mundo, del propio sentido que signaba a la vida, y es esta subjetividad exiliar la que compuso la sinfonía estética moderna. Se extranjero en tierra propia, ser forastero en lo filiar. Junto con esta dimensión, en lo histórico el capitalismo del siglo XIX y XX encontró en el exilio la refundación de gran parte de América a partir de contingentes cuantiosos de migradores expulsados de Europa por causas económicas, políticas, raciales y culturales.

### I

El exilio parecería situarse hoy como experiencia en extinción frente a la lógica de la vida mundializable a cada instante y en cualquier espacio de masas urbanas homogeneizadas, y a la vez, por el contrario, emerge como conciencia tardía de una condición definitiva que designa la figura de un yo insomne. De una subjetividad real, irreal o imaginaria, ya no importaría. El mercado mundial rediagramó al planeta bajo una lógica indiferenciada de regiones con puestos de trabajo, zonas de inversión, continentes extinguidos, atravesadores de fronteras terrestres y marítimas.

Como una de las tantas vicisitudes de una actualidad –por demás metamorfósica en sus verificaciones– los restos de sitios natales y las ruinas de las identidades se cruzan con el recrudescimiento político y militar de nuevos muros, de vallas electrificadas, de límites blindados para separar y fijar territorios con marcas económicas, culturales, raciales y religiosas recubiertas por una belicosidad inédita.

Si algo expone el noticiero cualquier día sobre las pantallas en miles de habitaciones de una metrópolis, es el fin de aquella historia extensa, primera y clásica que encontraba en los distintos códigos nacionales del hombre –con sus dioses y pasados– la prueba de que había comunidades irremplazables e inconcebibles de perder. O que perderlas significaba la máxima condena.

Aunque junto con este presente de disolvencias de las comarcas en la post-sociedad industrial y moderna donde las apariencias y estéticas virtuales reemplazan (nos reemplazan) un mundo real por debajo ya “innecesario”, nada es más evidente y macizo en cada imagen que nos informa, o en decenas de circunstancias que se viven, que las distintas tierras del hombre y sus aduanas impasables. Tierras de triunfadores, tierra de perdedores. Tierras bellas, tierras arrasadas. Tierras protegidas por la ley, tierras del delito, tierras del bien y tierras del mal donde

únicamente brotan los imaginarios de los destierros sociales y nacionales. Los bestiales exilios capitalistas.

Si de algo estuvo advertida la modernidad como tiempo histórico transido de deseos y angustias supuestamente secularizadas, es que la experiencia nodal de ese espíritu libre, de esa fulgurante invención del yo arribado, sería la inevitable pérdida de todo lo que fugazmente tenía acumulado como pertenencias. Una pérdida que simuló ser destino trazado por el fin de los terrores religiosos, por la explicación ilustrada demitificante, por la melancolía ahora como fondo ensayístico de todo pensar crítico y excitado por esa novedad del mundo occidental. Pero también aquel destino que desarraigó del arraigo como una fuerza de la que nadie era dueño o culpable –sino un eco de la “nueva edad”– pasó a ser una prueba buscada estética y existencialmente, una ansiada experiencia de lejanía, de destierro, de desencuentro. Aquella mítica baudeleriana cuando frente a la pregunta por la patria el poeta responde “ignoro bajo qué latitud se encuentra”.

## II

Pero es otro protagonista, el de Jean Jacques Rousseau en *Julia y la nueva Heloísa*, el que devino una de las primeras conciencias literarias de la modernidad como exilio: una conciencia que descubrió al unísono su reinado y la expulsión de si misma. Escrita en 1761, casi con la aurora enciclopédica de las ciencias y las artes y un año antes que el *Contrato Social*, el personaje Saint-Preux con las cartas a su amada surge desde la escritura de Jean Jacques exultante de ilicitudes y culpas. Su viaje hacia París desde el pueblo de su infancia y juventud es una versión de Ulises dieciochesca, en este caso como heroicidad de nuevo cúneo que anticipa cómo, los fondos del mundo, se habían retirado hacia las entrañas enemistadas del mismísimo sujeto: al hervidero íntimo de su propia representación entre idealizaciones y sonambulismos. La geografía exiliar pasa entonces por dentro. En el imaginario, ahora desatado, el afuera puede tener cualquier diseño o silueta, no importa. Para Saint-Preux todo será “un destierro” con respecto al cual no ha llevado nada para guarecerse. “Soy un errante, sin familia y sin patria”, “mis días transcurren como largas noches”. Dejar atrás un uno mismo y desesperar por saber qué se pasa a ser en ese incierto umbral de deslizamiento, es la percepción o estrella guía donde nació el nuevo peregrino moderno de los sentimientos. El que transita arropado de nómada de lugar en lugar, mucho más como itinerario hacia su propio rostro en el espejo –paraje inencontrable– que entre regiones y paisajes del afuera. París como hogar insalubre será para el protagonista la evidencia de una expatriación definitiva de los afectos genuinos. Brotan los irónicos y las almas bellas.

El misterio es ahora ese mundo añorado de sensibilidades profundas que fantasmáticamente siempre “quedó atrás”. O su pérdida lo convierte en un misterio para la subjetividad moderna que ya no sabrá más decir cómo (se) era. “Me encuentro solo entre la muchedumbre”, dice Saint-Preux, cien años antes que Baudelaire y en esa misma ciudad de luces. Despojada del alma, cuenta el joven. Donde palabras y realidades ya no concuerdan como supuso antes. “Tengo razón en tomar por un desierto esta muchedumbre”. Y ese será el primer viaje del refugiado sin albergue nocturno que le abra las puertas: la idea de un mundo vaciado en su tumultuosa novedad de hablas, verdades, tipos y disputas. El exilio del alma es la experiencia del desierto en la ciudad. Lo que está lleno sobre todo está vacío, descifrará poco después el poeta alemán Jean Paul, nostálgico de un Cristo vivo. El desierto es una expatriación que no necesita geografías ni mitos bíblicos acordes. Ahora, lo sabe el joven, eso sucede en París como en Roma y en Londres. Así se lo relata a su muchacha amada, y en ese yo que narra asienta todo su poder de desterrado y amante.

Todo ahora es tan imposible como posible. Volver, poseer. El desierto es un ánimo, también un ánima. Un cruce. La travesía hacia su límite. Es el lugar que retrasa el hallazgo de una nueva patria moderna, un espacio de sucesivos espejismos que no tiene lugar designado. “Paso el día entero en el mundo” dice Saint-Preux, y ese es el ostracismo en la gran ciudad, la tierra seca y distante, el sitio de nadie: el mundo que quedó. La urbe reunirá la inmensa dispersión de los mundos antiguos en un Mundo fantasmagórico y mercantil que culturalmente

se tantea y escapa como arena del desierto entre las manos. Pero a la vez será una escena en la cual Saint-Preux comenzará a “sentir la embriaguez de esta vida”. Ilusión, apariencia, prejuicio, ocultamiento, máscara, hipocresía, retórica, insensibilidad, “soledad terrible y lugubre silencio”, son los inmitigables rayos fuertes de un sol que sofoca la tierra seca y permite delirar la realidad, temblar, afiebrarse, cegarse de luz y de sombras cortadas a pico. El desierto, la no patria, es un habitat de mezcla que si bien instituyó el imaginario moderno de algún terruño extraviado, de un ayer de hospedaje ya imposible, a la vez inyectó la fortaleza de la pena: la de una expatriación como dulce dolor de lo que al parecer se tuvo entre las manos. Exilio por lo tanto en aquello que es lo filiar, lo amical, lo ansiado.

### III

Si se retrocede hacia los Inicios del orden comunitario, que son los de la guerra, la ley y la fundación de la política con el reconocimiento del conflicto, el habitar en suelo extranjero siempre estuvo transido por la pena que obligaba, y por el penar impuesto por esa extranjería. Para los griegos el castigo resultaba apenas un poco menor que el de la muerte, y en gran parte significó otra forma de morir y ser testigo a la vez del propio cadáver en el infortunio de la vida. Quizás no haya un documento más áspero y violento de ese confinamiento en geografías extrañas que *Medea* de Eurípides, donde la desdicha y la temida cólera de la protagonista es un relato inscripto en otra narración mayor: el de un tiempo exiliar que afecta a todos los aludidos por una venganza que se cierne. Ella había llegado como “fugitiva”, ella era una “piedra marina” que yace en los bordes de lo territorial, en lo eternamente golpeado por lo oceánico, en un sitio indiscernible que el cineasta danés Lars Von Trier dos mil quinientos años más tarde instalará en una tierra de agua, en un paraje que nada registra y donde tampoco se inscribe huella alguna. Ahí, para el poeta del antiguo Egeo, solo se podía llorar “al padre, a la tierra, y a la casa” definitivamente ausente.

Medea, según el trágico, aprende el infortunio de estar lejos de la patria. Pero a la vez sobre ese exilio que acumula los crímenes pasados de Medea, se yergue la sombra de uno nuevo, ya que Creonte, Rey de Corinto le ordena “que salga desterrada” también de esos lares a los cuales había arribado con sus hijos, en tanto el propio Jasón, esposo y causa de sus desventuras, reconoce que “el destierro arrastra muchos males” y admite que su crimen nupcial cometido fue para evitar el peligro de un nuevo destierro: también él yace desasosegado en tierra extraña.

La existencia sería una trágica sucesión de exilios que sepultan anteriores. Por eso la pregunta del coro que tiñe de horror la historia de la despechada Medea es, sobre todo, “¿en que tierras hallaras la salvación de tu desgracia?”, indagación a la que ella contesta con el mismo interrogante infinito: “¿qué ciudad me acogerá?”. Esta pregunta de Medea no tiene ya que ver solo con la decisión política de un poder que amenaza y expulsa: en la poética de Eurípides el exilio es el mundo percibido desde ahí, desde ese lugar. Es “lo que se odia con la vista” y exige “que el extranjero deba adaptarse a la ciudad”. El exilio es la imposibilidad de re-ver. De reconocer, de re-poner. En primera y última instancia, de re-presentar. Medea es una exiliada de las representaciones que deberían ordenar su vida: es una confinada de la felicidad, del lecho, del amor, de sus hijos, de su propio género (confiesa que preferiría ser hombre soldado a parir como madre).

Medea llora su ostracismo, Jasón teme otro destierro, Creonte se defiende con la expatriación de aquello que lo amenaza. La pena del desarraigo aparece en la cultura greca, desde el arte trágico, como una política barbarizante de la existencia de quien la sufre. Como una historia naturalizada que aguardaría, oscuramente agazapada. En aquel hombre del antiguo egeo no existió culturalmente un espiritualismo subjetivista de corte moderno que pudiese hacer de ese espacio de conciencia desterrada la construcción o la resultante de otro mundo –confidencial, desgarrado– dentro del mundo. El exilio en el universo helénico en cambio resulta parte de la pura naturaleza de un universo que destina. No hay distancia entre ese designio de errancia –vía divina, vía saber, vía herencia estigmatizada– y el portador del mal. Pero la misma figura del condenado a desarraigo, o de aquel que en el desarraigo encuentra la muerte en vida,

es sintomática de una tierra filosofante, estética, que se pregunta por lo propio y lo extranjero. Que se pregunta por la *extrañeza* de una manera extrañamente decisiva. Que lleva socráticamente a extrañamiento lo que sabe. La desdicha que nos *aleja* de toda felicidad es parte de las génesis retóricas, de los impensables políticos, en tanto es un cielo griego destemplado que se cierne como probable hamartía en el camino de lo que será victimizado.

#### IV

Podría plantearse que la indiferencia del cosmos, de un afuera inabarcable y absurdo, es la inicial gran cuestión de un pensar. Ese abandono que dibuja la suerte del hombre remite al sentido de todos los sentidos. A la ausencia de sentido. Al cálculo de lo que falta, de lo absolutamente mudo, o al idioma desconocido que nos pone en el mundo. Es la primera extranjería como el sitio para aquello que se definirá como criatura: lo humano. Se está más acá de toda relación y explicación con respecto al mundo, por lo cual es preciso patéticamente producirlas: a todas. Pero después, siempre tardías a un sol inaugural.

El Sentido, de existir, sobrepasa siempre. No arribará. O es un vector totalizante como fuego que raya el cielo, la divinidad. Pero en uno u otro caso se está erradicado de la orientación de esa trayectoria. Exiliados del sentido, solo quedará un viaje infinito que sueña reparar ese estar a extramuros de una tierra que existió antes y existirá más tarde exactamente igual en su ajenidad: sin nosotros.

Por lo tanto lo que importa y completa la figura –a esa materialidad “yoica”– es lo extraño, lo indecible, una otra lengua. El mundo. Un afuera de. La propia figura entonces está fuera de sí –exiliada de sí– porque lo propio no la contiene ni ella contendría, de por sí, el sentido. Ese que supuestamente se cobija –al exterior del pensar– en el mundo circundante, en lo trascendente, en la “vida social”, en lo que luego la inmensa tribu humana llamará historia. A la poética arcaica de los pastores de cabras se le debe la primera conciencia del único universo portador de significados en la crónica del hombre: el de los dioses hacedores. Lo portentoso que no pertenece. Al pie de la montaña inmensa y sagrada Hesíodo pudo pensar entonces la trilogía que amasó y compuso al hombre: las ideas de “presente”, de “pasado” y de “verdad”. La poesía. Que no provenían de ese otro mundo inasible de los celestiales, pero que resultó el medio imprescindible, frágil, lingüístico, para *entender* lo que nos destierra del sentido: del por qué de la vida, de la muerte, de la memoria. De estos datos y marcas furibundas que provienen como un don, una maldición, una fugacidad o el dolor.

Y fue así, según canta el aedo: el estupor sobre lo propio trajo el relato. El descubrirse forastero con respecto a lo más importante de uno mismo. El entrever apenas aquello que, al pertenecer, en realidad despertenece, pero dentro de un sol de niebla, dentro de una noche con densos vapores de rocíos de las musas en el Helicón, canta el poeta. Es decir: ser, en medio de la indefinición de las imágenes. Entre imágenes desenfocadas, irisadas, como las que todavía hoy quizás persisten de aquel primer trazo estético en un *fleu* fílmico que muestra y esconde las cosas.

Lo que la literatura sorprendida pensó primordialmente en canto, luego lo vertió en filosofía: la expatriación del hombre de su propio contorno como el gesto prologante de todo pensar. La posibilidad del preguntar desde el asombro por lo real, por la extranjerización íntima en relación a lo real. ¿De qué se trataba? Del enigma que convirtió al hombre en hombre: de la obligación de tener que comprender todo lo suyo y el mundo como un intruso que se desdobra y transustancia. De la fatiga de interrogarse por lo propio como si en verdad lo constituyente siempre radicase afuera como forma de ex-sistencia. Como si vivir hubiese sido, sobre todo, la destinación de salir de la silueta espiritual que contiene la vida hacia un confinamiento que le exigió siempre, a la conciencia, *mirar la tierra extraña*.

El exilio en la tierra entonces. Y desde esta perspectiva, lo fatídico que entraña partir de uno mismo hacia el utópico uno mismo. Partir hacia la indagación perpetua sobre esa comarca de la condición “humana”, y que tal partida y viaje de ida sea la más profunda dimensión del existir reflexionante. Experiencia exiliar que la modernidad histórica en Occidente consumará de una manera desmedida desde su poética predilecta: la novela. Desde ese filosofar ficcional, o

ficción filosofante, que solo pudo labrarse desde la representación de un yo despavorido, libre, autonomizado de sus propios discursos carcelarios, parodiándose en caleidoscopios, imaginando la risa de los dioses. Un yo que descubrió que el enigma era ese quiebre y lejanía inicial entre ese “yo” y el “mundo”, entre palabra y los mantos de real, pero para traducir esa distancia, ese ostracismo, en términos pos-épicas. Sí dramáticos, satíricos, como destrucción de la propia literatura en tanto última forma de dar cuenta de esa indigencia de patria y hogar. Se trató de la cuestión de admitir esa noche de la historia, según la filosofía de María Zambrano pensando en la experiencia del exilio, un tiempo para ella similar al de los sueños: fuera de la historia, de los días, de las manos que tantean.

## V

Pero María Zambrano se refiere a un exilio que como negras sombras atravesarán la modernidad política, económica, social y cultural, cuando la historia de los siglos XIX y XX se despliegue con las violencias económicas de explotación, utópicas revolucionarias, de las barricadas, las independencias, las comunas populares, los totalitarismos y guerras exteriores e interiores. La sociedad había pasado a ser una construcción proyectual posible e implacable desde filosofías de la historia, más poderes financieros, más ingenierías política, más mitológicas como vaticinaron los románticos, y la actuación organizada de masas en tanto sindicatos, partidos, ejércitos o la propia nación en armas. No habría posibilidad de pensar esta dimensión de exilio –los múltiples destierros de contingentes sociales que imprime brutalmente el desarrollo capitalista mundial– sin situar dicha experiencia de migradores forzados en el plexo de la historiografía moderna argentina.

Desperdigada y solitaria como colonia en un irrelevante virreinato del Río de La Plata en tanto paso de la plata peruana y básicamente plaza de contrabandistas, por el contrario, más tarde la conformación del país pos-revolución y pos-independencia fue básicamente una arquitectura de exilio europeo masivo, que inicialmente había consistido en escritura quimérica en Sarmiento y Alberdi, a la manera como los utopistas medioevales soñaban el pasaje de una historia “impresentable” a la historia de una ciudad “dorada”. El país necesitaba dejar de ser un desierto asiático de montoneras gauchas errantes, según el despectivo sanjuanino, para convertirse en territorio decimonónico receptor de expulsados blancos. Dos maneras de partir desde los que se quedaron fuera de la cerca.

En efecto, país reformulado por el exilio de millones de personas provenientes de una historia milenaria, por un salvaje destierro económico como situación de barbarie social, de catástrofe cultural, de identidades existenciales quebradas, de despedazamientos filiales, de recuerdos guillotizados, de orfandad idiomática, la Argentina del 900 se reestructura –ya sea como falsa arcadia o como lugar de indudable reparación comunitaria– desde el protagonismo del expatriado en tanto nueva sociedad subalterna que arriba a determinadas regiones geográficas del país. Por lo tanto, en este caso decir historia es decir exilio, lo mismo que decir exilio es decir también violencia contra fondo de tradiciones, contra mundo de costumbres, modales idiosincráticos, herencias fisonómicas, imaginarios fantasmáticos, inconcientes impronunciados, memorias de cosas y seres desaparecidos que ni siquiera pasaron a ser retratos.

Este exilio definitivo es la identidad impensable. La que no puede acabadamente ser repuesta reflexiva ni sentimentalmente. Es el dato biográfico que desafía como ningún otro evento el quid de la identidad, entendida esta última no ya en su simbólica exterior sino en lo indecible de la vida. La grieta económica, política, religiosa o racial escinde la singularidad de la persona en un vértice irreparable: la parte en dos. Ya no se es lo que se era ni tampoco lo llegado. Se vive en un pasaje de mundos, en un entremundos que no puede ser pensado como tal, sino solo sentido a la manera de vivencias penumbrosas y de difíciles denominaciones. María Zambrano habla del exilio español desmembrándose entre países, concluida la guerra civil y el triunfo del franquismo. Habla de un habitar a-históricamente, refiere un paréntesis de nocturnidad donde se extinguieron las voces, los aromas, el sonar del viento, el cielo propio. Ese cielo que para el teórico estético germano Johan Winckelmann significaba la parusía de una

lengua, el arcano del arte, la modulación cultural que hace a una mujer ser esa mujer y a un hombre ser ese hombre.

El exilio, como condena, sustrae el nacimiento, la infancia, la juventud, el lugar de lo nativo en su más profunda evidencia. Se es un excluido de la comunidad que corresponde. La del apátrida es la experiencia donde se piensa como nunca antes la patria. Y las preguntas sobre lo inmediato, sobre lo filiar, sobre lo vecino, alcanzan recién ahí la consistencia de un filosofar auténtico, sin filósofos ni disciplina filosófica alguna. Pero la modernidad fue polifacética, gestó tanto las literaturas nacionales como también los puertos de fugas de miles de estetas que no creyeron en los destinos de las latitudes de origen, así como multiplicó las almas intelectuales y políticas en diáspora por las derrotas y las persecuciones.

Viaje de ida: en la historia argentina late perpetuamente ese subsuelo de exilio refundador que expone a lo nacional como una elección de seres castigados viniendo hacia aquí, hacia “los mares del sur”. Un viaje acontecido. Un itinerario que nunca dejará de rumorear también, cada tanto en las puertas de los consulados, con la espectral figura de otro viaje, el de regreso, que podría defundarlo todo. Jamás rompe lo exiliar con su contextura de tiempo paréntesis, donde la pena de Medea quizás alguna vez acabe, o el crimen finalmente instale otra narración de la historia. Lo exiliar simula tapiar –con otras ontologías atrapadas– las piedras madres. Y desde ahí reenvía siempre a interpelar la identidad de las cosas y las referencias como si fuese un intervalo entre lares que no es tal. Se petrifica en cambio en la indagación por el destino violentado, que sí es la obsesionante pregunta de los desterrados, de las mujeres pariendo *lejos*.

¿Condición de lo humano, expulsión adánica decidida por Dios que condena a su criatura a atravesar la historia, descentramiento de poéticas que develan la precariedad entre lenguaje y real? ¿O crónica concreta de miserabilizados, de sobrevivencias, de amenazados? Muchos hombres de esas transfronteras, deportados, proscritos y migrantes aparecieron alumbrados de una lucidez distinta. El extravió del terruño sería un umbral insospechado para escudriñar secretos. Karl Marx en la biblioteca de Londres y su rastrear el linaje del capital, Julio Cortázar reconstruyendo un país lejano, Theodor Adorno en California cuando piensa la cultura industrial mundializada, Sarmiento en Chile diseccionando la revolución frustrada, Rimbaud en su silencio africano, Walter Benjamín en París cuando instituye la arqueología de lo actual, Witold Gombrowicz y su borroneo diario sobre el anagrama de la Argentina, James Joyce en Trieste y la escritura de los primeros capítulos de su *Ulises*: la extranjera es, en muchas circunstancias, la cita equinoccial de una tierra grávida para el hombre. El exilio es la pérdida, desde cualquier perspectiva que se lo observe. Es un sitio inusual donde el pasado, el presente y el futuro aparentarían cesar como claves de sentido. Resulta una de las duras experiencias, entonces, donde recién ahí cobra presencia la pregunta por el sentido de la vida.

## VI

Es el romanticismo sin duda, tomado en este caso como credo paraestético, el que hiperboliza la noción de patria intransferible, el lenguaje de infancia portador de destino, las nacionalidades literarias, y al unísono y como complementariedad para este movimiento enraizador de la vida, lanza su flecha hacia las antípodas: como si ese hogar, ese *pater* hospitalario, esa patrimonialidad sobre el sí mismo, solo pudiese realizarse auténticamente con la ruptura de tiempo, espacio y tradición. Con el mal del destierro. Con la melancolización de lo extraviado.

Lo exiliar desde este punto de vista es profundamente romántico, moderno. Resume exilios de distintas dimensiones y sintonías. Reúne fondos judeo cristianos, modulaciones griegas, idealismos de la subjetividad desgarrada y subjetividades políticas que solo admitirán la revolución, la guerra y el espíritu patriótico. Desde este aglomerado cultural de imaginarios, la romantización del mundo comprendió su contrafigura, los ostracismos extremos. Y testimonió – en políticas temerarias, en literaturas sobre amores quebrados, en militancias anarquistas y socialistas– sobre las heridas que infligen las geografías, las lejanías exiliares de las Itacas a las que angustiosamente se anhela volver.

Morir por la patria fue una idea obsesiva que desde lo decimonónico irradió hacia distintos significados, pero que gráfica lo que se viene diciendo. Morir por perderla, por irregresable, porque te mata o por donar la vida por esa figura poético-militar que daba cuenta de una tierra y del destierro. El exilio es precisamente la patria muerta que vive, o que románticamente recién vive en la experiencia de su muerte por deserción. Romantizar es jugar a indiscernir esa vida/muerte contraída por el migrador, por el forastero, por el extranjero, por el expulsado, por el que huye.

A medida que se des-romantizó el mundo capitalista y muchas claves de la modernidad perdieron fuerza, aquella figura del exilio que arrastraba ecos paganos, teológicos, rebeldes, novelísticos y comunistas se transformó en un dibujo ceniciento, en parte de la tradición modernista, suplantado ya para este siglo XXI por lecturas más científicas que hablan de contingentes de transhumantes en busca de trabajos temporarios en economías que pagan al menos un salario. Podría decirse: posmodernidad más bien dura, de masas viajeras, desprovista de los viejos mitos y leyendas del exilio. Los estudios sociológicos, económicos, antropológicos y culturales hablan hoy con mayor justeza y desde estudios de campo de estas nuevas muchedumbres confinadas en arrabales de Madrid, Roma, Los Angeles, Chicago o Buenos Aires. Ellas heredan una antigua historia.